HAMLET.

TRAGEDIA.

Si non errasset, fecerat ille minus.

Martialis epigr. Lib. I.

ADVERTENCIA.

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y obscurecen sus perfecciones, forman un todo extraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y su mérito, que dificilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmocion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é

inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer despues y mudar repentinamente de caracter, haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sófocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros, capaces solo de excitar la risa del vulgo. Llega el desenlace donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverisímiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpomene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interes y hace dudosa la existencia de una providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.

Tal es en compendio la tragedia de Hamlet, y tal era el caracter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra, los inteligentes deberán juzgarlo. Baste decir, que para traducirla bien, no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos, sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él

en sus caidas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y expresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castizo español á un extrangero, cuyo estilo, unas veces facil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras obscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma: á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñados en ilustrar y explicar sus obras; lo cual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavía como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento, le animó por otra parte el deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés, viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nacion, ni del mérito de sus autores. Otros quizás le seguirán en esta empresa, y facilmente podrán obscurecer sus primeros ensayos; pero entretanto no desconfia de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos en quienes se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones, que los extrangeros han hecho de esta tragedia, el auxilio que debió esperar. M. Laplace imprimió en frances una traduccion de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos no dejó de me-

recer aceptacion; hasta que M. Letourneur publicó la suya, que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseía perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta; pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la multitud. Voltaire, apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escuela: se esforzó cuanto pudo por imitarle en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustre ejemplo arrastró á muchos poetas que se llamaron Racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito, que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasía á los movimientos del corazon y el ingenio al arte; admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores, é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne poeta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papeles que diariamente se esparcian por el público, ridiculizando la secta Racinista y apurando para ello cuantas sutilezas sugiere el ingenio y cuantos medios buscan la desesperacion y la envidia, si por un momento excitaban la risa de los lectores, caian despues en obscuridad y desprecio cuando aparecia en la escena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entonces se publicó la traduccion de Letourneur, impresa por suscripcion, dedicada al rey de Francia, y sostenida por el partido numeroso de aquellos á quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratóse pues de exaltar el mérito de Shakespeare, y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion, y capaz de disputar la corona á los Eurípides y Sófocles. Asi pensaron abatir el orgullo del moderno trágico frances, y vencerle con armas auxiliares y extrangeras, sin detenerse mucho á considerar cuán poca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será dificil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakespeare. Reunió en un discurso preliminar y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, cuanto creyó ser favorable á su causa, repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota, negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte, y estableciendo una nueva poética, por la cual, no solo quedan disculpados los extravíos de su idolatrado autor, sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasages en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, expresa con acierto las pa-

siones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza, ó reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía, alli es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personages, del caracter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder despues, y acalorado por una especie de frenesí no hay desacierto en que no tropiece y caiga; entonces el traductor frances le abandona, y nada omite para disimular su deformidad, suponiendo, alterando, substituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aqui una traduccion pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y agenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos pues de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia, y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretexto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo, coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son, como podrá conocerlo facilmente cualquiera que se tome la molestia de cotejarlos.

Esto es solo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia son obra suya, y á excepcion de una ú otra especie que ha tomado de los

comentadores ingleses (segun lo advierte en su lugar), todo lo demas, como cosa propia, lo abandona al examen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesía, y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

PERSONAS.

CLAUDIO, Rey
GERTRUDIS, Reina } *de Dinamarca.*
HAMLET, Príncipe
FORTIMBRÁS, Príncipe de Noruega.
La sombra del Rey HAMLET.
POLONIO, Sumiller de Corps.
OFELIA, hija } *de Polonio.*
LAERTES, hijo }
HORACIO, amigo de Hamlet.
VOLTIMAN
CORNELIO
RICARDO } *Cortesanos.*
GUILLERMO
ENRIQUE
MARCELO
BERNARDO } *Soldados.*
FRANCISCO
REYNALDO, criado de Polonio.
DOS EMBAJADORES de Inglaterra.
UN CURA.
UN CABALLERO.
UN CAPITAN.
UN GUARDIA.
UN CRIADO.
DOS MARINEROS.
DOS SEPULTUREROS.
CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados, Curas, Cómicos, Criados, &c.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingór, en sus cercanías, y en las fronteras de Dinamarca.

HAMLET. (1)

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Esplanada delante del palacio real de Elsingór. Noche obscura.

FRANCISCO. BERNARDO.

(Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hácia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.)

BERNARDO.

¿QUIÉN está ahí?

FRANCISCO.

No: respóndame él á mí. Deténgase y diga quién es.

BERNARDO.

Viva el Rey.

FRANCISCO.

¿Es Bernardo?